

Mundo Burbuja

Primer capítulo (fragmento)

.....

No tardé mucho en hacerme a la vida en el campus británico. Después del control de inmigración, y gracias a las explicaciones del famoso manual, había llegado, ya anocheciendo, a la estación de Braiton. La universidad estaba fuera de la ciudad y un cab me había dejado a las puertas de un edificio, a la entrada del campus. Un paquistaní, tras localizarme en la lista de extranjeros, me había dado la llave, sábanas y un mapita del campus. "There's really no way you can lose yourself", dijo. Mi residencia estaba al otro extremo del campus. Era un grupo de casas de una planta que parecían cajas de zapatos escalonadas en la ladera. Había algunas ventanas iluminadas y lo único que diferenciaba una puerta de la siguiente era el número. Cada piso tenía seis habitaciones, además de la cocina y la sala de estar, el comúnrum. En mi habitación había una mesa con flexo, un armario de color indefinido y un camastro de colchón raído, con un edredón encima; el suelo estaba enmoquetado y en la pared quedaban restos de blútag y agujeros de chinchetas. Como los radiadores funcionaban a tope a todas horas, hacía un calor horroroso. Esa primera noche, después de hacer la cama y colocar la ropa, me zampé un sandwich de crema de cacahuets que había comprado en la estación y me quedé frito. Por la mañana me pateé el campus, que lindaba al sur con la estación de Fálmer y al este con las residencias; la mía, Istsloop, era la más alejada. En el centro se alzaba la Biblioteca de la universidad, que ocupaba un edificio entero de tres plantas, y un poco más allá estaba la capilla, cuya arquitectura estrafalaria contrastaba con los demás edificios del campus, tan funcionales, tan grises. El campus era un mundo autosuficiente y autárquico, había de todo, bancos, farmacias, supermercados, discotecas, y estaba a dos estaciones de Braiton, adonde fui ese primer día. Desde la estación se bajaba por Cúinstit hasta una plazoleta, dominada por un campanario; ya se veía el mar, al final de la calle. En la famosa playa pedregosa, los piers eran como dos brazos tendidos al mar, uno atestado de tiendecitas y máquinas tragaperras, el otro, derruido y oxidado, sólo lo visitaban ya las gaviotas. Paseando por la orilla, me acuerdo que reviví la batalla campal entre modis y rokers, al final de Cuadrofenia, una de mis películas favoritas de entonces. Aunque hacía ya lustros que había desaparecido el último modi, todavía, a finales de ese año, me emocionó encontrarme con una concentración anual de nostálgicos del sesentaynueve, todos con sus lambretas y sus parkas, que, durante unas horas, tomaron al asalto las calles de la ciudad. La gran atracción turística estaba a pocos metros de la iglesia gótica de Senpíter, un palacio de arquitectura colonial india, el famoso Royolpavilions, que os prometo que parecía un decorado de Jólíwud. También me paseé por los leins, las laberínticas callejuelas del centro, con todas esas librerías

Mundo Burbuja

de viejo y tiendas de antigüedades que tenían un encanto de lo más dickensiano. A mi primer compañero de piso, Reinhardt, le conocí el segundo día, cuando salía de la ducha con un slip marcapaquetes y toalla al hombro. Esa tarde teníamos reunión de extranjeros, me dijo, y fuimos después de aprovisionarnos en el supermercado y de preparar el primer plato de espaguetis del año, hablando de lo que fuera que pudiésemos hablar un alemán y un español con un inglés tan limitado. Dos profes nos dieron la bienvenida y nos explicaron lo que esperaban de nosotros, y lo que podíamos esperar nosotros de ellos, poniendo mucho cuidado en pronunciar bien cada palabra. Insistían mucho en que si teníamos el más mínimo problema no dudásemos en acudir a nuestro tutor personal, "o, si os parece necesario, al psicólogo de la universidad...". Con la llegada de los ingleses, días después, el campus se llenó de coches y los familiares tomaban al asalto las residencias: entraban a las habitaciones cargados con el ordenador, los libros, la silla, y si me apuras hasta los chicles y los condones; y luego, las viejas daban el espectáculo, despidiéndose a la puerta con una lagrimucha en el ojo, mientras el padre claxonaba con impaciencia desde el coche. A nosotros nos tocó una punki auténtica, que no le faltaba detalle, el pelo teñido de naranja, chupa de tachuelas, hasta botarrones de paracaidista, y encima era muy guapa, la tía "Hi, I'm Susan", me había tendido una mano con las uñas pintadas de rosa y negro. Pero los dos maromos que ayudaban a descargar la furgoneta me hicieron comprender que estorbaba, así que bajé al Reféctori BÍlding, donde había quedado para comer con unas españolas que había conocido esos días. Como llevaban ya unos días tocándome las pelotas con los tíos que les molaban, comenté que había llegado a mi piso una inglesita que estaba "bue-ní-si-ma". Lo único que conseguí fue que la andaluza, la más simpática, me diera un codazo: "Ele, ya está contento el nene". La verdad que sí, y lo estuve todavía más cuando, de vuelta al piso, me encontré con Jelen, todo lo contrario que la punki, una pijilla de pelo negro y ojos azules; venía de Mánchester. Esa noche, en el pab, conocí a Sofí y a Alen, que vivían en otro de los pisos de Istsloop. Ella no me cayó nada bien de primeras; en cambio, Alen era un chaval tranquilo, alguien con quien se podía estar sin necesidad de hablar demasiado; me cayó de puta madre desde el principio. Enseguida empezaron las clases. Yo no tenía más que dos horas de Historia Medieval el martes y dos el jueves de Historia Intelectual, lo que, comparado con las cinco horas diarias que tenía en España, me parecía Jauja; me pasaba los días en la Biblioteca y no volvía hasta que abría el pab a las siete, cuando me encontraba con Alen. Entre partida y partida de billar, pillábamos nuestra pinta de Niucasolbráun y poníamos las viejas canciones de la gramola: Zertin Flor Eleveítor, Mítlouf, Boui y tal, era lo que había. Aunque el pab cerraba a las once, después siempre había fiesta en alguna residencia; y si no,



Mundo Burbuja

seguíamos en el piso, donde ya nos conocíamos todos. Los últimos en llegar habían sido una londinense que tenía su habitación llena de pósteres de Ibiza, y Nik, lo que los ingleses llamaban un "estudiante maduro", un matiurstudent, que había pasado cinco años colocando radios en un taller para pagarse los estudios de ingeniería. Las reglas de convivencia estaban escritas en un letrero encima del fregadero: "BE YOURSELF", había pintado Susan en letras góticas. "... Y LAVA TUS PLATOS SUCIOS", había añadido Jelen a rotulador.